

¿Novela policiaca latina?

José David Becerra Islas

Ricardo Viguera Fernández, *Breve introducción a la novela policiaca latina*. Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2009. 160 pp.

Atractivo y sugerente resulta, en verdad, el título del libro *Breve introducción a la novela policiaca latina* de Ricardo Viguera Fernández, publicado apenas en 2009 por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez en una bonita edición, toda en papel brillante. Atractivo y sugerente, digo, porque apenas uno lo lee, queda atrapado por él y por la incertidumbre que causa: ¿qué quiso decir Viguera? Lo de *breve* tiene sus asegunes, lo de *introducción* es claro por donde se le mire, creo; aquello de *novela policiaca* nos anuncia ya la trama, pero ¿*latina*? ¿*novela policiaca latina*? Si el adjetivo se refiere, como lo es, a la novela romana antigua de temática policiaca, lo primero que uno piensa es: ¿*eso no existe!*; pero inmediatamente, tras esa afirmación categórica se cae en la duda y uno mismo se pregunta: ¿*o sí*? Cualquiera que haya tenido algún acercamiento, por ligero que sea, con la literatura latina clásica, comenzará a hacer cálculos mentales y repasará autores, obras y argumentos para intentar encontrar el más mínimo indicio de lo que haya podido ser, o se crea que fue, una novela policiaca escrita por romanos de época clásica.

Quizá, quien haya estudiado clásicas se vea poco más que obligado a responder con toda puntualidad, apenas se aproxime a un título como el que comentamos, si existieron o no novelas romanas que trataran de asuntos policiacos. A decir verdad, creo que la única novela latina clásica que se nos ha conservado es aquella que narra las aventuras de un tal Lucio que, por andar averiguando de magia y hechicería, de pronto se ve convertido en un asno; me refiero, en efecto, a las *Metamorfosis* o el *Asno de oro* que escribiera Apuleyo allá por el siglo II de nuestra era y que, dicen las malas lenguas, es copia de alguna otra novela de origen griego ahora perdida. Pero el *Asno de oro* difícilmente contiene episodios que la conviertan en una novela policiaca como a las que estamos acostumbrados. También cabe la posibilidad de que cuando yo estudiaba clásicas en esta Facultad me haya *volado* la clase de lite-

ratura latina en la que el profesor habló de las novelas policiacas latinas; pero, y mis manuales de literatura latina, ¿porqué no indexan las novelas policiacas latinas? Séase o no de clásicas, uno debe ser totalmente honesto consigo mismo, y con los demás, y decir con total franqueza o que no existen tales novelas policiacas escritas en la antigua Roma o, de plano y admitiendo nuestra ignorancia, que no se sabe si existieron o no, o si acaso alguna se conserva aunque sea fragmentariamente.

Uno respira mejor cuando, tras esta mínima reflexión, por fin comienza a leer el libro de Viguera y se encuentra en las páginas 17 y 18 del primer capítulo: “La novela policiaca latina en su doble contexto: novela histórica y novela policiaca”, con las siguientes líneas:

Durante esos cuatro años de trabajo, cuando comentaba a gran variedad de personas cuál era el tema de mi tesis doctoral, recogía yo por lo general dos clases de reacciones. La primera de ellas, correspondiente al desconocedor en temas clásicos, consistía en preguntarme con sorpresa (no exenta de cierto entusiasmo) si es que en la era romana ya existían las novelas policiacas, la segunda reacción, que siempre procedía del profesor universitario vinculado, por lo general, al campo de la filología clásica, consistía en la adopción de un histriónico mutismo ante lo que acababa de escuchar. El maestro cualificado debía de estar preguntándose en ese preciso momento de qué le hablaba yo exactamente, ya que durante la antigüedad grecolatina, como todo el mundo debería saber, no existieron (ni pudieron existir) las novelas policiacas. Efectivamente, en ambos casos me hallé con el mismo resultado: la inmensa mayoría de los profesores universitarios cualificados (incluso aquellos pertenecientes al campo de estudio de la filología clásica) sabían del tema lo mismo que el ciudadano medio más o menos instruido: nada en absoluto. En ciertos casos me veía obligado a explicar que “cuando los romanos” no existían novelas policiacas, pero ahora sí existen autores que escriben tales novelas ambientadas en la antigüedad grecolatina; [...]. Este desconocimiento no me sorprendía en absoluto, ni en él existe nada de anormal. Los géneros populares del siglo xx apenas están encaramándose en nuestros tiempos a los púlpitos de las grandes universidades. Ni el ciudadano medio es por ello poco culto, ni el profesor universitario descuida la actualización de su campo de estudio al desconocer que existen novelas policiacas de temática romana clásica.

De verdad que se siente alivio al leer estas líneas. No soy tan inculto y no hay nada, aun siendo de clásicas, que me obligue a saber de la existencia de novelas policiacas latinas escritas “cuando los romanos”; nunca me perdí del

tema en mis clases de Literatura latina clásica y mis manuales de *Historia de la literatura latina* jamás lo omitieron porque sencillamente no existen. Resulta entonces que esta *Breve introducción a la novela policiaca latina* no trata, pues, de un nuevo tema de investigación filológica a partir del descubrimiento de algún fragmento latino, literario y novelesco descubierto recientemente (por lo menos hace cincuenta años) que fue rescatado de entre las arenas de algún desierto oriental y que ahora acaba de ser reconstruido y editado por los mejores especialistas europeos, principalmente germanos.

El título del texto que hoy presentamos me sigue pareciendo sugerente, pero cuando me entero de que tiene su antecedente en la tesis doctoral de Viguera, por cierto un trabajo verdaderamente monumental (cerca de 1 000 páginas), me pregunto: ¿Por qué esta *Breve introducción a la novela policiaca latina* no se llamó mejor *Breve introducción a las novelas policiacas de temática romana clásica*, si además el mismo Viguera ha definido así el subgénero? (cf. p. 19). Con ello, creo, como también afirma el autor, nos evitaríamos un montón de conjeturas sobre el contenido del libro, pues incluso no siendo de clásicas sabemos de la existencia de esas novelas de las que cuando menos hemos tenido una en nuestras manos; pienso, por ejemplo, en aquella de Joaquín Borrell, *La lágrima de Atenea*, o en la más reciente del barcelonés Eduardo Mendoza *El asombroso viaje de Pomponio Flato*.

Como quiera que sea, el título no quita mérito a la publicación que tiene la importancia de ser pionero pues, hasta donde sé, nunca antes se había publicado una investigación que se encargara del estudio y análisis de las novelas policiacas de temática romana, por lo menos no en esta forma ya que, según tengo entendido, con lo único con que contábamos hasta ahora son artículos dispersos que abordan algunos aspectos del género, o subgénero, que aquí se estudia. Todavía da mayor realce al texto de Viguera Fernández el trabajo de acuciosa historización que hace del desarrollo de la novela policiaca de temática romana.

El capítulo uno, “La novela policiaca latina en su doble contexto”, es fundamental en ese sentido. En él, no sólo se intenta definir el subgénero de la novela policiaca de corte romano y su pertenencia a la novela histórica y a la novela criminal, sino también se hace un periplo histórico de estos dos géneros que se acaban de mencionar, pero fundamentalmente del que atañe a la novela latina en general. Sólo a partir de Viguera, uno puede enterarse de manera sistemática de la amplia tipología de novelas en las que pueden insertarse las latinas, y de sus autores más representativos, con que contamos. Así, tenemos novela: biográfica, biográfica antihistórica, analítica, filosófico-teológica, biográfica literaria, biográfica politizada, cristiana, pedagógica y, por supuesto, policiaca. Pero ésta es sólo una de las tipologías; la otra, que resume y comenta a partir de un trabajo de Carlos García Gual, es más sucinta

pero no menos atractiva. Es la siguiente: novelas mitológicas o de tema mítico, biografía novelesca, de gran horizonte histórico, de amor y aventuras y novelas de intriga. Pero Viguera todavía va más allá. No se contenta con darnos una excelente clasificación, también nos regala una cronología de la novela policiaca de temática romana, que ha repartido en tres épocas, la de los pioneros, de 1935 a 1948, la de los clásicos, de 1950 a 1979, y la de época contemporánea o de madurez, de 1980 a 2000, en la que descubre varias escuelas donde los “autores son coincidentes no sólo en género y nacionalidad sino también en el cultivo de un estilo sintético característico de los géneros de la novela popular entre los cuales se encuentra la novela policiaca latina” (p. 56). Estas escuelas son: la española, con Joaquín Borrell a la cabeza (*La lágrima de Atenea*); la italiana, la francesa, la alemana y la anglosajona, a la que Viguera dedica un poco de mayor atención, porque ella incluye a los autores centro del estudio de su tesis doctoral: John Maddox Roberts y Steven Saylor, a quienes además, junto con Joaquín Borrell, dedica el tercer apartado de este primer capítulo: “Tres autores y sus obras” (pp. 51-67).

Si bien es necesario conocer la clasificación y el desarrollo de la novela histórica, tampoco es suficiente. Por ello, Viguera ha tenido el buen tino de incorporar, entre las páginas 67 y 79, un excelente ensayo sobre las “Particularidades estructurales de la novela policiaca latina” que puede ser muy útil en dos sentidos: o de manual sobre cómo se puede escribir una novela policiaca latina, o para entender mejor la estructura de aquella que estemos leyendo.

Así, toma vital importancia lo que Viguera ha llamado “Presentación de la totalidad de la novela” (p. 68). Se refiere, pues, al desarrollo lineal e ilusionista de la trama en la que, en el caso de nuestras novelas policiacas latinas, el humor tiene especial relevancia: “El sentido del humor”, dice Viguera, “no sólo cambia de una cultura a otra, sino también dentro de una propia cultura a lo largo de los siglos. Aquello que divertía a los romanos no tiene por qué hacernos gracia ahora, e incluso lo que hacía gracia al lector medio norteamericano moderno no tiene que divertir al español de hoy...”

Saber ubicar nuestra novela en un tiempo lineal e ilusionista, puede evitar, sobre todo si se es el autor, situaciones trágicas como la que, según nos cuenta Viguera, ocurrió a Kennedy Tool quien se suicidó porque creyó que su novela *La conjura de los necios* no valía la pena.

Podemos también, a partir de este ensayo de Viguera, conocer al narrador de la novela que leemos “desde cinco ángulos diferentes: la identidad, el grado de información, el momento y el lugar de la narración y su implicación en los hechos” (p. 71); pero de igual forma podemos acercarnos a las “Figuras de la novela histórica” (p. 73), es decir, a los personajes históricos reales y a los ficticios o inventados por el autor; asimismo tendremos contacto con el tiempo, el espacio y el lenguaje, sobre el que Viguera opina:

Éste es, quizá, el aspecto más polémico de toda novela histórica, sea policiaca o no, pues abarca a todo el tejido literario y alcanza a su estructura. Los novelistas ponen a escribir a Gordiano, Decio y Diomedes no como novelistas de fábulas milesias o de una literatura más subterránea como pudiera serlo el *Satiricón* (con la que toda novela negra guarda parentesco por la afinidad, a veces, de sus atmósferas), sino como novelistas contemporáneos bien versados en las técnicas del *best-seller* y de la intriga policiaca consolidada desde los tiempos de Edgar Allan Poe. Es verdad que a este respecto existe una contradicción total entre lo que se cuenta y lo contado, pero, ¿tan anticuada nos parece hoy día la lectura de la obra maestra de Petronio? La respuesta es evidentemente negativa, y cuando pensemos en la extrema diferencia de estilos entre el latín del siglo I y la novela contemporánea, más bien deberíamos tomar el *Satiricón* como punto medio de referencia y modelo (y hasta antepasado) de toda narrativa policiaca o negra moderna, pues en el *Satiricón* encontramos muchos de los elementos que hoy día son intrínsecos a la mejor novela negra: la narración en primera persona, los ambientes sórdidos y oscuros, los personajes de baja extracción social, la pintura expresionista de un mundo en decadencia con una acentuada degradación de valores, y la crítica hacia las clases altas y los nuevos ricos fastuosos y groseros. [...] De hecho, tampoco el *Satiricón* es ajeno a ciertas gotas de misterio y hay algo en esta obra tan antigua que hoy nos parece tan moderna (y acaso más, por cuanto tiene de valores estéticos y narrativos eternos) como todas las novelas negras de nuestro tiempo. [...] En cuanto al lenguaje, si bien Borrell escribe en valenciano (él mismo se traduce al castellano) y Saylor y Maddox lo hacen en inglés, a veces introducen anacronismos con efectos clarificados entre la audiencia lectora. No deja de ser llamativo que Maddox mencione que Milón y Clodio son los dos gánsters [*sic*] más notables de Roma, o que Davo, casado con la hija de Gordiano, comente al descubrir en el patio de su casa el cadáver de Numerio Pompeyo: “Esto va a joder bastante a Pompeyo” en el más puro estilo de cualquier chicharrón de Texas. Son, sin embargo, pequeños detalles que no afectan en general a unas estructuras bien construidas según los modelos más solventes de la moderna literatura de género que es, no lo olvidemos, una literatura de orientación eminentemente popular (pp. 76-79).

Hasta aquí unas cuantas notas sobre este primer capítulo que a mi parecer es propiamente la *Breve introducción a la novela policiaca latina*. Otros cinco apartados de diversa extensión integran este libro de Viguera, cuatro de ellos que ya han merecido una publicación previa a su incorporación en este

volumen, pero ahora recompuestos y adecuados para un público menos especializado: 2) “El renacimiento valenciano de la novela policiaca latina. La aportación de Joaquín Borrell” (pp. 81-87); 4) “Seres fantásticos griegos para una interpretación de la historia de Roma” (pp. 101-119); 5) “La Vía Apia, hogar de los muertos” (pp. 121-127); 6) “Fisiología del gusto antiguo” (pp. 129-142), y un capítulo totalmente inédito: 3) “Orden público en la antigua Roma. Una moderna recreación literaria” (pp. 89-100).

Cierra el libro una bibliografía general (pp. 143-159) que evidentemente incorpora todas las obras leídas para la factura de este libro: las fuentes clásicas, las novelas analizadas y comentadas y los libros y artículos consultados. Sin embargo, y sólo para satisfacer el enfermizo placer del filólogo clásico que gusta de revisar las fuentes clásicas, sería muy conveniente que para próximas ediciones de esta *Breve introducción a la novela policiaca latina*, que seguramente las habrá, se incorpore la referencia completa de las obras y autores clásicos consultados, porque, por ejemplo, no basta con sólo citar: Ateneo, *Deipnosophistae*; es necesario decir cuál edición, de qué año es y en dónde se publicó el texto consultado de Ateneo para saber si ese libro consultado es confiable o no.

De prosa sencilla y sabrosa, envidiable, ajena a rebuscamientos literarios y estilísticos, *Breve introducción a la novela policiaca latina*, está condenada a convertirse en un referente obligado para quienes toquen a la puerta, ya sea como lectores o como autores, de este género tan maravilloso que es la novela.